



ORGANO DEL HOGRY DEL 50.000 DEL REGIMIENTO DE ZAPADORES DE FORTALEZA N.º 1

AÑO II

FIGUERAS, JUNIO 1948

N.º 8

LA CALUMNIA

El peor defecto humano es quizá aquel por el cual se pisotea con furia el cenagal de la pestilencia, para procurar salpicar con sus podredumbres e impurezas, a nuestro prójimo, a nuestro amigo, a nuestro hermano, con merma de su honor y buena fama.

Y por desgracia es muy común, aún entre nosotros, que parece que nuestra juventud habria de servir de antídoto, para entregarnos a estas murmuraciones indignas, propias solamente de mentes estrechas y poco nobles.

¿Por qué tenemos que formar juicios temerarios que las más de las veces hieren a un inocente? ¿Acaso damos al olvido la frase evangélica de «Muchos hay que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el suyo»? Antes de hablar tenemos que pensar si nosotros estamos en situación de tirar la primera piedra.

¿Acaso nos consideramos mejor que los demás? Si lo somos lo demostraremos disimulando las faltas. Publicándolas solamente enseñaremos nuestra mala fe y pondremos a la luz, mezquinidad de miras y poca nobleza de ideales.

Tenemos que pensar que así como nosotros nos podemos cebar en la honra ajena, también algún día alguien en la nuestra puede caer como ave rapaz, y destrozar la felicidad de una vida.

Si reflexionásemos con las palabras que a diario pronunciamos de una manera maquinal y machacona y que pertenecen a la más excelsa de todas las oraciones por ser la única enseñada por los labios del Redentor: «Perdona nuestras deudas Señor, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Eso es, hacemos un trato con Dios, pactamos el perdón de nuestras culpas a cambio del perdón de las injurias de nuestros prójimos. Y nuestro prójimo, lo son todos, amigos y enemigos, blancos y negros, conocidos y desconocidos. Cada vez que contribuimos a la difamación rompemos el pacto sagrado formulado ante Dios.

Si queremos ser mercedores de la misericordia divina, si aspiramos a gozar de la Gloria del Cielo tenemos que ser inocentes como los niños y cumplir la práctica evangélica, que fué dictada por el mismo Redentor: «A nos los unos a los otros».

E. G. A.

Lo que tenemos que hacer y lo que debemos hacer

por el Zapador J. Mustarós P.
Agrup. Mando

Habíamos llegado a un pintoresco pueblecito de montaña, situado a unos 25 kilómetros del frente. Allí pasamos una semana inactivos, en espera de la orden de marcha hacia primera línea. En uno de estos días, días primaverales, estaba yo sentado a la sombra de un viejo roble junto con un compañero, charlando alegremente.

—¡Qué contraste amigo mío!—me decía—. Quizá dentro de unos días esta tranquilidad que ahora estamos gozando se trocará en la más terrible y bélica baraúnda.

—Es más que posible—contesté yo—, pero disfrutemos de ella mientras pasa.

A decir verdad era un poco insultante aquel sosiego para unos soldados que quizá nunca más volverían de